

BESAIDE, 50 AÑOS

LAS PIEDRAS QUE APRENDIERON A LLORAR

Antxon Iturriza

Hay piedras brillantes y opacas o lisas y rugosas; unas que son graníticas, de carácter imperturbable, y otras que se desmoronan con la lluvia o quedan erosionadas por el viento. Y existen también algunas piedras que son capaces de llorar.



FOTO DEL AUTOR

Como si se tratara de uno de esos prodigios cíclicos en los que licuan sangres santificadas, las piedras de Besaide han aprendido a derramar lágrimas una vez al año. Lo hicieron por primera vez hace ahora medio siglo y desde entonces ese proceso puntual de exudación de sentimientos no ha dejado de producirse en ningún tercer domingo de septiembre.

Eran piedras corrientes, que podían acabado trituradas en una carretera o sirviendo de sillares en la reforma de algún caserío; no sabían de llantos cuando desde alguna cantera cercana las trajeron en el verano de 1955 hasta el altozano de Karraskain. Empezaron a aprender cuando se enteraron de lo que había ocurrido en el Mont Blanc el 18 de julio de 1953.

■ EL DÍA MÁS TRISTE

Nada fue igual desde entonces. Nunca una noticia había impactado de forma tan dramática en el alpinismo vasco. Habían ocurrido antes otros accidentes de montaña, todos dolorosos, pero siempre individuales. Lo del Mont Blanc era muy diferente: cuatro de nuestros montañeros habían perecido en una tormenta en las cercanías de la cumbre más alta de los Alpes.



Pronto se supieron sus nombres: el alavés Manu Yanke, el guipuzcoano José Mari Peciña y los vizcaínos Carlos Ugartetxe y Enrique Bacigalupe. Sólo Alberto Besga y Alfonso Hervías se habían salvado del grupo vasco que unos días antes partiera de Hendaia camino de los Alpes.

Habían llegado al refugio de Vallot con tiempo inseguro. El propio Lionel Terray les aconsejó que desistieran de su empeño. Pero existían demasiadas motivaciones para continuar: sólo quedaba una hora y media hasta la cima. Eran jóvenes. Lo podemos hacer, se convencieron a sí mismos. Y salieron hacia arriba. Sólo Besga regresó al poco con las manos heladas a causa de la ventisca. A sus compañeros nadie volvería a verlos vivos.

La noticia llegó dos días después a Euskal Herria extendiendo un sentimiento de consternación en todo el país. El entonces presidente de los montañeros vascos Ángel Sopena, amigo personal de los desaparecidos, se hizo cargo desde Bilbao de las gestiones de recuperación de los cuerpos, que iban a aparecer aquel mismo día enterrados en la nieve a poca distancia de la cumbre.

El 26 de julio, el tráfico de la Gran Vía se detenía para abrir paso en un denso silencio al cortejo de tres féretros que despidió el duelo en la iglesia de San Vicente. La noche anterior, Peciña había sido enterrado en Oiartzun en un ambiente cargado de patetismo.

■ EL RECUERDO QUE SE CONVIRTIÓ EN PIEDRA

La secuela del cuádruple accidente en el ánimo del montañismo vasco fue profunda. Se palpaba una necesidad de perpetuar la viveza de aquellos sentimientos más allá de la inexorable sedación del tiempo.

En la reunión de clubes celebrada en Elgeta el 6 de diciembre de 1953, Eusebio Muñozguren, el histórico representante del Bilbao Alpino Club del que era socio Ugartetxe, propuso ubicar en el collado de Besaide "un Santo Cristo con cobertura, al estilo suizo". Aquella sugerencia levantó alguna discrepancia respecto al posible emplazamiento del monumento: los representantes del Club Deportivo Eibar abogaron por situarlo en la cima de Intxorta, en atención al peso histórico que Elgeta tenía para el montañismo



■ El transporte del material a pie de obra fue muy dificultoso



■ La torre se está levantando. Las piedras van ocupando su lugar

vasco. Finalmente, la condición de triple muga de Besaide hizo que la decisión de la asamblea se decantara por la ubicación del altozano de Karraskain, previendo que la inauguración se realizaría el mes de julio de 1954.

Pero ni los monumentos a los muertos se salvan de las miserias de los vivos. El saldo resultante de las donaciones recibidas tras pagar los gastos derivados del accidente, que ascendía a 19.626,70 pesetas, fue reclamado al presidente Sopena por la Jefatura Provincial del Movimiento, en concepto de reintegro de los anticipos que este organismo había realizado para afrontar los gastos de los rescates. La medida, calificada de "incautación" por el propio Sopena, hizo a más de uno pensar en el abandono del proyecto. Pero los montañeros no estaban dispuestos a dejar en el olvido a sus compañeros muertos.

En la asamblea del 12 de diciembre de 1954 el tema volvía a plantearse, esta vez en base a un hermoso proyecto realizado de forma desinteresada por el arquitecto vizcaíno Luis Pueyo. La concepción de la obra fue unánimemente elogiada, pero su presupuesto de construcción se elevaba a 65.000 pesetas, montante muy alejado de las posibilidades de las cajas federativas.

Durante los meses siguientes se dieron muchos pasos por los despachos de diputaciones, ayuntamientos y empresas solicitando aportaciones. Se reclamó también la colaboración de los clubs montañeros, que respondieron en la medida de sus limitadas economías, destacando las aportaciones del Club Deportivo Bilbao (970 ptas) y del Bilbao Alpino Club (1.000). Se recaudaron así hasta 68.133,25 pesetas, cifra que se consideraba suficiente para poner en marcha las obras del monumento recordatorio.

La procedencia del dinero, según el balance que sería presentado por Sopena en la asamblea de 1955, fue la siguiente:

Sociedades montañeras.....	15.841,-
Corporaciones	45.750,-
Suscripción víctimas del Mont Blanc.....	6.542,25

Luis Pueyo, el arquitecto que desinteresadamente había redactado el proyecto, quiso explicar en las páginas de Pyrenaica a los montañeros las razones de sus formas, que se resumían en dos conceptos: oración y unión. La base sería un círculo, con acceso desde los tres territorios, como símbolo de abrazo de tierras y punto común de encuentro de montañeros. Sobre él, una torre de 9 metros elevada hacia el cielo buscaría el acercamiento a las dimensiones celestiales. La torre tendría una campana "que dote de voz al monumento, que dé vida y humanice la piedra de su construcción".

Durante el verano de 1955 las obras se pusieron en marcha. Transportar hasta los 550 metros del cerro de las tres mugas el material y las piedras que iban a aprender a llorar no fue tarea sencilla. El camión de la obra tuvo que superar pendientes de hasta 30º de desnivel con cargas de hasta 3.500 kilos. El ayuntamiento de Durango decidió aportar la campana de la torre, que fue fundida en Gasteiz y costó 8.410 pesetas.

■ ¿LLOVÍA O LLORABA?

Finalmente, se fijó para el 30 de octubre la fecha de la inauguración del que se denominó "Monumento a los camaradas caídos en accidente de montaña".

El día amaneció plomizo, advirtiendo una jornada de cielos bajos y horizontes cortos, propia de la tierra vasca.

Como atraídos por un magnetismo atávico, desde primeras horas de la mañana hileras de montañeros fluían hacia un destino común. Llegaban desde Garagarza, desde Kanpazar, desde Urkiola, desde Arrazola, desde Elorrio, desde Aramaio.

Como estaba previsto, al punto del mediodía se realizó la bendición del monumento. En la presidencia, junto a Sopena, el presidente de la FEM, Julián Delgado Úbeda, alcaldes de la zona y presidentes de clubs alpinos.

Más de dos mil montañeros, en estimación de los cronistas, formaban un círculo concéntrico de luto con el negro de sus paraguas. Llovía. Quizás debía ser así. Un cielo abierto, sin incógnitas, no habría propiciado que las piedras de Besaide aprendiesen desde el primer día lo que era llorar.

Sopena se dirigió solemne a los congregados: "Este bello monumento que os hago entrega es de todos; es el prestigio del País y el recuerdo a nuestros muertos. Sabed respetarlo y defenderlo".

Y continuó lloviendo. O llorando. Y por las piedras rectangulares del campanario siguieron resbalando hilillos que no eran de lluvia.

El cronista de Pyrenaica, en tono apesadumbrado remataba, su crónica: "Chapoteando por el sendero embarrado, interminables filas de montañeros descienden al valle, cada cuál por su lado, en busca de un confortable cobijo. Entretanto allá, en lo alto, sigue sonando pausadamente la campana de Besaide, trayéndonos el recuerdo de aquellos camaradas que ya nunca nos acompañarán en el disfrute de las cimas montaÑeras".

En la misma revista Pyrenaica, el periodista José Luis Muñozro dedicaba a los ausentes unas estrofas cargadas de sentimiento:

¡Huracán del norte; calla!
 ¡Deje de crujiir el hielo!
 Que no trace la nieve
 laberintos en el suelo.
 Quiero que todo se calme
 y permanezca en silencio.
 ¡Quiero oírles cómo suben
 los cuatro juntos al cielo!

Desde entonces, las piedras de Besaide nunca se han olvidado de llorar una vez al año al escuchar nombres y lugares de recuerdo doliente: expertos y noveles, montañas bajas y elevadas, próximas y distantes, que daban las señas de identidad de sus destinos. Todos tuvieron su instante, su lágrima, es este lugar de encuentro con la memoria nunca perdida.

Ha pasado ya medio siglo y el monumento de Besaide sigue allí, inhiesto en la modestia de su altozano, como cromlech primigenio de nuestro alpinismo, como argizaiola que arde sin candela sobre valles y montañas, recordando a todos y deseando no tener que recordar a nadie más. □

■ Tras la inauguración de Besaide, posan en grupo Pedrotxo Otegi, Delgado Úbeda y Angel Sopena, entre otros



FOTO OJANGUREN